



Viuda é hijos de Arango, Editores

Lit de L. Leno y

ATHALÍA.



ATHALIA.

EN ella estan personificadas la impiedad perseguidora, la venganza, la ambicion y la crueldad. Hija de Achab y de Jezabel, podria decirse que tiene miedo de no ser tan perversa como los autores de sus dias, cuyos vicios parecen haber transmigrado á su alma por una secreta y misteriosa influencia, mas bien que por la autoridad del ejemplo. No hay que buscar ni el mas leve sentimiento de afeccion de familia, ni de ternura natural en esa alma feroz. Al mismo cielo desafia; desoye la voz de la sangre; despoja y deja arruinarse el templo del verdadero Dios; y aun á aquellos de sus parientes que habia dejado con vida la cuchilla del enemigo, ella los inmola para subir al trono en su lugar. Ninguna de las dulces virtudes de la mujer ha conservado, y ha tomado en vez de ellas los mas odiosos defectos del hombre.

Era cerca del año del mundo 3120. Un siglo hacia que la nacion hebrea se hallaba dividida en dos reinos: el de Judá, que

comprendia las tribus de Judá y Benjamin, y el de Israel, compuesto de las otras diez tribus. Los reyes de Judá descendian de David; el órden de sucesion al trono y el culto legítimo, con una que otra excepcion, se conservaban entre ellos intactos; Jerusalem, la ciudad santa, y el templo de Salomon, formaban parte de su patrimonio. Los reyes de Israel, por el contrario, habian alterado la antigua fé, edificando altares en las montañas, á la manera de los paganos, y prohibiendo á sus vasallos ir al templo de Jerusalem, único sitio donde era entónces permitido ofrecer sacrificios. A veces se suscitaban diferencias entre ambos reinos, cuya decision se dejaba á las armas; pero era mas frecuente el que se prestasen mútuos auxilios contra los pueblos vecinos, y las familias reinantes emparentaban por medio del matrimonio. Así es como Athalia, hija de Achab y de Jezabel, que mandaban las tribus cismáticas, se habia casado con Joram, rey de Judá, hijo del piadoso Josaphat.

En vez de imitar á su padre, cuya virtud, querida del Señor, habia sido coronada de prosperidad y de gloria, entró Joram en la carrera corrompida de los reyes de Israel, entregándose á las impiedades que le aconsejaba su mujer. Y nada podia ser mas natural que esto, porque de la propia suerte que las virtudes de la mujer atraen y preparan hácia el bien, así tambien sus vicios arrastran y precipitan al mal por medio de un funesto imperio. Su ejemplo y su palabra crean ó destruyen, con la inocencia y la dicha de la sociedad doméstica, una parte de la grandeza y prosperidad de las naciones. Ese ejemplo y esa palabra son como un reflejo del que fué el mas hermoso de los ángeles mientras permaneció fiel á la luz, y se tornó espantoso, tan luego como la hubo desconocido y abandonado. Pronto fueron Athalia y Joram dignos uno de otro; ella supo hacer nacer ó desarrollar en él la ambicion y la sed de sangre, y despues el menosprecio de las cosas divinas; porque es muy natural que la religion, esa fiel custodia de los derechos y freno de la fuerza, sea particularmente odiosa para los que

no reciben otra inspiracion que la de su capricho, ni buscan en el poder otra cosa que el medio de obrar á su antojo.

Era Joram el mayor de varios hermanos, que habian recibido en herencia grandes cantidades de oro y plata, otros dones preciosos y ciudades fuertes en el reino de Judá. A todos los hizo parecer, no ménos que á varios príncipes de Israel, á fin de asegurarse, á lo que él creia, un reinado pacífico y una autoridad independiente y sin contradiccion. Dios, que habia prometido no apagar la antorcha de David, no arrebató la corona á la familia del perverso príncipe; pero sí le castigó de un modo ruidoso, á fin de que así como tenia lugar la misericordia, conservase tambien la justicia sus derechos. Diversos fueron los infortunios que aquejaron á Joram: los idumeos, rebelados contra él, rehusaron pagar el tributo, y quisieron darse un rey. Lobna, ciudad considerable situada en las fronteras de la Idumea, tambien rehusó la obediencia á su cetro. Púsose en campaña y atacó al enemigo; mas éste, aunque vencido, no fué domado, y se mantuvo independiente.

Pero no solo hicieron cruel á Joram las instigaciones de Athalia, sino que le hicieron tambien prevaricador é impío. Levantó altares á Baal, dios de Tiro y de Sidon; y arrastró á sus pueblos á la apostasia. Pronto se dejó sentir la mano vengadora del Señor. Un Santo profeta dirigió á Joram una carta, en la cual, despues de echarle en cara su idolatría y otros crímenes, y de poner en paralelo su detestable conducta con los ilustres ejemplos de David, Josaphat y otros reyes piadosos, le anunció que habia llegado la hora del castigo. En efecto: los fiiesteos y los árabes de las orillas del mar Rojo hicieron incursiones en las tierras de Judá, y despues de talarlo todo, se llevaron prisioneros á los hijos y mujeres del rey. Solamente Ochozías, el mas pequeño de todos, pudo salvarse. El mismo Joram fué herido de una enfermedad incurable, que le devoraba las entrañas; dos años duró su agonía, y al cabo de ellos murió, consumido por tan largo y horrible padecer. No fué quemado su cuerpo entre aromas, segun tenian costumbre de hacerlo con los reyes buenos, porque en

sus últimos años se había hecho odioso á la nacion. En Judea, lo mismo que en Egipto, juzgaba el pueblo á los monarcas despues de su muerte, y honraba su cadáver con la sepultura real, ó lo excluía de ella, segun la justicia ó injusticia con que había gobernado durante su vida. El anatema de la multitud cayó sobre Joram, como un castigo de sus iniquidadés y para escarmiento de sus sucesores; esta solemne demostracion de ignominia debia caer á medias sobre la cabeza de Athalia.

Muertos por los árabes todos los otros hijos de Joran, fué saludado como rey Ochozías por los habitantes de Jerusalem; pero no tardó en mostrarse digno hijo de Joram. Los detestables consejos de Athalia le hicieron entregarse á la impiedad y la depravacion, en cuya senda no tardó en detenerle el brazo justiciero del Señor. Habia hecho alianza para resistir los ataques de los Sirios, con su tío el rey de Israel. Herido éste en una batalla, se retiró á curarse en una de sus ciudades adonde le fué Ochozías á visitar. Reunidos estos dos herederos de la raza maldita de Achab y Jezabel, fué como dispuso Dios que recibiesen el castigo. Jehú inspirado por el cielo para vengar la sangre de los profetas, é imponer á los príncipes prevaricadores la pena de que se habían hecho dignos, sorprendió á uno y otro, y les dió muerte. Ochozías mereció de sus vasallos una sepultura honrosa, solamente en memoria del gran Josaphat. De esta manera iban cumpliéndose las amenazas del Señor sobre la casa de Achab.

Aquellas revoluciones multiplicadas y sangrientas, que no eran en realidad sino otros tantos avisos de la providencia, ninguna mella hicieron en el corazon endurecido de Athalia. Como esposa y como madre del rey, habia tenido ya en sus manos el poder; pero esto no podia satisfacer su ambicion. Quería mandar sola; quería que la autoridad suprema quedase fija é irrevocablemente en ella, porque la sed de mandar, tan solo satisfecha á medias, devoraba su alma detestable y perversa. Así es que no vaciló á la vista del crimen; y para asegurarse en el trono, se decidió á remover el único obstáculo que segun su juicio la separaba de él. Era éste

la familia de Ochozías, los hijos que habia dejado al tiempo de su muerte, y eran la sola esperanza de Judá y los últimos restos de la régia sangre de David. Mandólos matar su despiada abuela, y entónces creyó que estaban ya cumplidos sus deseos y satisfechas sus esperanzas; pero Dios gobierna nuestras iras lo mismo que las del Oceano: las deja subir y bajar, y se burla de su impotencia, arrebatando unas veces lo que persiguen y amenazan, y otras ocultándoselo con la magestad de algun insigne prodigio.

Tenia Ochozías una hermana llamada Josabeth, hija tambien de Joram, pero de diversa madre que Athalia. Esta princesa estaba casada con el pontífice Joiada, segun la costumbre introducida de mucho tiempo atras, de aliar por medio del matrimonio al sacerdocio con el imperio. Acertó Josabeth á llegar en el momento que degollaban á los príncipes sus sobrinos, y tuvo la destreza de salvar de la cuchilla de los verdugos al mas pequeño de ellos, llamado Joás, niño todavía de pecho, á quien ocultó con su nodriza en el templo, poniéndolos bajo la salvaguardia del gran sacerdote su marido. Allí permaneció el niño hasta la edad de seis años. Durante éstos, reinó Athalia sobre la tierra, como dice la Escritura, hasta que por fin estalló súbita, inexorable y tremenda la ira vengadora del Señor.

Daba á Joiada su dignidad de pontífice una autoridad soberana en las cosas de la religion, y por consiguiente en el régimen político y judicial de aquel gobierno teocrático. Era el jefe de los sacerdotes y levitas, los cuales habian sido en todos tiempos los mas esforzados guerreros de la nacion, y cuyo celo por la ley les hacia tan decididos por la raza de David como por el culto legítimo del Señor. Juez del pueblo, era su derecho y su deber defender la inocencia oprimida, sostener los intereses de Judá y de la sangre real, y derribar á Athalia de un sόlio, para ella vedado por su sexo y por su cuna, y que mancillaba con el horror de sus crímenes. Por lo demas, prudencia y prevision, esfuerzo y generosidad, ardiente amor al bien público y sólida piedad hácia Dios, tales eran los dotes eminentes que captaban á Joiada el afecto,

el respeto y la admiración universal. Hé aquí, pues, el hombre que resolvió quebrantar el yugo que abrumaba á la Judea.

Entraba Joás en los siete años, cuando creyó el gran sacerdote llegado el momento de la venganza. Cinco capitanes de centurias juraron ayudarle en la gran obra que meditaba, y partieron, según sus instrucciones, á convocar á los levitas y los sacerdotes. En el día señalado, se reunieron todos en el templo, y Joiada les presentó á su legítimo soberano; pero dejemos al historiador sagrado referir la catástrofe de Athalia y exaltación de su nieto.

12. «Y sacó fuera al hijo del rey;» dice el capítulo XI del libro cuarto de los Reyes, «y puso la diadema sobre su cabeza, y el testimonio: é hicieronlo rey, y lo ungiéron: y dando palmadas, dijeron: Viva el rey.

13. «Y Athalia oyó las voces del pueblo que corria: y habiendo entrado al estruendo en el templo del Señor,

14. «Vió al rey que estaba sobre el trono según costumbre, y dos cantores, y las trompetas junto á él, y todo el pueblo de la tierra en regocijo, y tocando las trompetas: y rasgó sus vestiduras, y gritó: Traicion, traicion.

15. Mas Joiada dió orden á los Centuriones que mandaban las tropas, y les dijo: Sacadla fuera del recinto del templo, y á todo aquel que la siguiere, matadlo á cuchillo. Porque el sacerdote habia dicho: No sea muerta en el templo del Señor.

16. «Y le echaron mano, y acáronla á empellones por el camino de la entrada de los caballos, junto al palacio, y allí la mataron.»

Así murió Athalia, víctima de una ambición desenfrenada, y memorable ejemplo del juicio tremendo que siempre acecha á la tiranía y á la impiedad. No todos los crímenes son tan desdichados, ni reciben tan pronto castigo; pero todos lo merecen, y tarde ó temprano les llega su día. ¿Cómo sucede, pues, que los hombres se dejen arrastrar más bien por las sendas de la injusticia, con la dudosa esperanza de una impunidad momentánea, que

no desviar de ellas con el temor de un castigo inevitable? La razón es, que nada supera en el corazón del hombre á la fiebre del mando y al menosprecio de los peligros. Monarca destronado, pasa el hombre todo el destierro de esta vida entre ensueños de gloria; codicia la autoridad que no tiene; defiende con brazo celoso la que posee; y asalta toda autoridad rival, no tanto por destruirla, como por removerla con provecho suyo. Revestidle con las insignias del poder y los fastuosos títulos concedidos á la superioridad; acudid atento á esperar el fruncir de sus cejas, el movimiento de su mano, el murmullo de sus labios, y corred en seguida á ejecutar las órdenes que apenas ha llegado acaso á indicar, y vereis que se ensancha su pecho, que su espíritu conmovido parece aumentarse, que un lampo de orgullo ilumina su frente, y que se estremece como el niño que levantaís en brazos, y que al verse más arriba que vos, triunfa en medio de su fantástica grandeza. Para conquistar los honores todo lo arrostra y lo padece; y á la pérdida de ellos prefiere el cansancio de los días, los insomnios de las noches, los peligros y la muerte. De la propia manera, cuando la mar azotada por los vientos de la tempestad corre y se precipita arrebatada, como el caballo que ha perdido el freno, el navegante impávido no teme entregar su frágil barquilla al furor de las olas; sube y baja con ellas; burla de la tormenta, y prosigue altivo su camino sobre las movedizas y escarpadas crestas del Oceano, al través de los escollos y de los abismos.

Así es la ambición. Noble y útil, como todos los sentimientos plantados en nuestro corazón por la mano de Dios, multiplica las fuerzas del hombre, y hace brotar portentos bajo su planta. Es entonces un reflejo de aquel santo celo con que el Criador rige á sus obras; y entonces no la proscribire, sino que la dirige el cristianismo. Siempre será hermoso el poder: bajado sobre la tierra desde el origen del mundo, no saldrá de ella hasta después de haber sellado la tumba de la última sociedad y de la última familia; pero, ¡ay de aquellos que no adquieren el poder sino por el crimen, y que no lo ejercen sino con capricho y con dureza!